

“Masculinidades en juego”

Por Daniel Alejandro Fernández González.

En Cuba se le conoce como “tres pa` tres”, guerrilla, “fútbol de mesitas” o simplemente fútbol. Sucede a diario en cualquier barrio de la capital cubana, en plazas de gran tradición futbolística en el país como Zulueta, Banes o Pinar del Río. Solo se necesitan un balón de fútbol, un terreno (no importa si es césped, tierra o cemento, si es un área deportiva, un parque o una calle con poca circulación automotor), dos porterías que pueden ser cuatro simples piedras o mesas escolares, y muy importante: un grupo de hombres (ya sean niños, adolescentes o adultos) con ganas de jugar, de divertirse, de ganar y demostrar su maestría en una disciplina atlética que tiene la capacidad de levantar enardecidas pasiones, conflictos, batallas violentas y luchas simbólicas por el poder. Un deporte que logra poner en crisis la masculinidad de los actores que se enfrentan y al unísono otorgan la hegemonía de su espacio a aquellos que logran imponerse, a veces sin importar el método.

Durante unos 10 años de práctica futbolística he podido ser partícipe de esas experiencias, particularmente durante las tantas horas de juego que ya poseo en el área deportiva de una de las escuelas de mi barrio. Conocido por “Carraguao”, es de aquellas barriadas que casi todos coinciden en señalar como marginales. Con calles rotas y sucias donde se respira la persistencia de males, desigualdades e inequidades sociales que se arrastran desde sus tiempos fundacionales. Calles donde los niños desde pequeños ya pugnan por hacerse “hombres”, por asumirse y convertirse en verdaderos machos, en varones hegemónicos. Calles donde la superioridad y la primacía en la práctica de deportes y de los juegos que estén de moda en el momento, son una vía fundamental para lograr y hacer valer esa hegemonía masculina sobre el resto, incluyendo mujeres y hombres.

Ahora tras haberme adentrado en el mundo de los estudios de género, enfatizando en cuestiones que vinculan deporte y masculinidad, me tomo la licencia de escribir estas líneas que buscan brindar, desde esa perspectiva, una visión de cómo se socializaban las masculinidades de aquellos que diariamente nos reuníamos para jugar, para triunfar.

Varios de los grandes teóricos de las masculinidades coinciden en señalar el espacio predominante del deporte, como escenario perfecto para la socialización entre los hombres de sus masculinidades. En el caso del cubano Julio César González Pagés manifiesta en un artículo que: “Los hombres se socializan más fácilmente en temas como deportes y logros económicos. El deporte, particularmente, juega un papel fundamental en la socialización de la masculinidad entre los jóvenes. Se intuye que un joven con dotes para el deporte estará más preparado para enfrentar las durezas de la

vida. Este ideal, heredero del olimpismo griego, propicia la necesidad de ser excelente en algún deporte, con la esperanza de granjearse el reconocimiento de los demás.”¹

Tras la búsqueda de ese reconocimiento, dentro del escenario futbolístico del barrio, andábamos día tras día un grupo de hombres que a veces llegaba a alcanzar la treintena. Negros, blancos, rubios y mulatos. Adolescentes y jóvenes veinteañeros juntos a “puros” que ya sobrepasaban las cuatro décadas de vida. Guapos reconocidos de “Carraguo”, otros de zonas aledañas, estudiantes de escuelas de alto rendimiento, universitarios, técnicos medios o alumnos de secundaria. Los más disímiles empleos: joyero, carnicero, informático, periodista o simplemente personajes ajenos al trabajo para el Estado: “luchadores”. Abakuas, hijos de Yemayá, de Oshún, o de Shangó, paleros, creyentes en Dios o ateos. Conformábamos un grupo tan heterogéneo como lo era la calidad futbolística de cada uno de nosotros. El fin si era único y sobrepasaba el marco de la práctica deportiva como vía para el ocio o en función del ejercicio físico.

En dicha heterogeneidad descansaban las primeras reglas de dominación y subordinación, establecidas dentro y fuera del juego. Hombres y “chamas”. Esa era la primera división. Tener menos de 15 ó 16 años y poder jugar, solo era posible si unido a la calidad como futbolista, se demostraba no tener miedo, saber ser violento cuando era necesario, capacidad para aguantar los golpes. Solo así los menores eran admitidos. Estar “flojo” era un pecado que te condenaba al papel de espectador que observa y trata de aprehender aquellas cualidades que le faltan. Este juego no estaba hecho para “jebas”, al que no le gustara que se fuera a practicar ajedrez.

Ya en el marco de aquellos que reunían las condiciones para jugar, surgían nuevas diferencias que condicionaban tu masculinidad. Ser de los guapos del barrio, del ambiente, era una carta de triunfo. Sin dudas la mejor compañía para los regates y los goles. Imponer el respeto ante los demás, elevar tus criterios por sobre el resto, estar dispuesto a pelear con quien fuera, te concedía el poder de decisión ante cualquier situación de duda o disputa fuera o dentro del terreno. Recuerdo cuantas jornadas terminaron apenas celebrados uno o dos partidos, por la anotación de un gol que no resultaba claro para alguno de estos “supermachos”, a partir de lo cual se iniciaban las eternas discusiones. En el mejor de los casos, debías olvidarte de ese gol y seguir el partido, dejando dicho que de perder no ibas a salir...bienvenidas de nuevo las peleas y discusiones. Violencia y buen fútbol debían ir de la mano para hacer valer tu hegemonía. Ese era el punto.

El tiempo, ese era otra de las cuestiones que entraban en el ámbito de los altercados continuos. Los partidos se jugaban a un gol. Si a los diez minutos ello no había ocurrido, se tiraban penales a puerta vacía, o mejor dicho a mesa vacía, para decidir el

¹ Julio Cesar González Pagés: “Feminismo y Masculinidad ¿mujeres contra hombres?”, en **Temas**, La Habana, No. 37-38, abril-septiembre, 2004, p. 15.

ganador. Entonces entraba otro equipo. Por supuesto, el tiempo de los que estaban jugando, el de los que esperaban para entrar y el del cronómetro o el reloj del que lo llevaba casi nunca coincidían. Así teníamos partidos que alcanzaban los 12, 13 o más minutos, otros que todos nos dábamos cuenta de que apenas si llegaban a 8. Todo dependía de quienes eran los que jugaban, los que esperaban y quién controlaba al Dios Cronos.

Ser el mejor: todos lo deseábamos. Para unos pocos era una meta posible e incluso una realidad latente. La mayoría solo podía soñarlo o disfrutar algún momento de efímera gloria. En cuestiones de calidad en este deporte, los parámetros nuestros eran muy precisos. Ser más que nada un goleador constante, de esos que en cada jornada sumaban 4 ó 5 goles traducidos en victorias. Además debía poseerse la suficiente destreza con el balón para de vez en vez enardecer al público con jugadas dignas de un profesional, regates capaces de dejar en ridículo al contrario, cambios de ritmo que hicieran sentarse en el terreno al rival, buscar siempre dar al defensa el tan deseado “caño”, “túnel”, “ciérrate” o “íntima” que pusiera en entredicho su masculinidad. Por último debías haber dejado rastros de tu maestría en otras plazas y lugares de la ciudad donde se jugara fútbol, ser conocido más allá de nuestro espacio. Si lograbas hacer todo eso, estaba en condiciones de discutir tu lugar como una de las estrellas del barrio. Otras cualidades necesarias como ser un buen cierre defensivo, desarrollar un juego de equipo o tener visión del partido para dar los pases correctos, quedaban en un segundo plano. Solo servían para asegurarte un puesto como escudero imprescindible de estos émulos de Zidane, Ronaldo y compañía.

Fresa y chocolate, y claro está chocofresa. El elemento racial, siempre presente en el decurso de nuestra nación, no estaba ajeno a la socialización entre nosotros. Estudios confirman que las relaciones raciales en Cuba, han sido un eje transversal en la construcción de las masculinidades en la historia de la isla.² Nuestro espacio no era la excepción, aunque si suponía la existencia de características particulares adecuadas al marco en que se desarrollaban: las prácticas deportivas. El estereotipo presente en nuestra sociedad acerca de la supremacía de los hombres negros en materia deportiva se veía reflejado en nuestras discusiones, en el juego.

El mejor ejemplo se podía encontrar a la hora de defender cada cual a su selección nacional favorita. Se observaba como tendencia que los hombres de piel negra o mestiza simpatizaban con el equipo brasileño, mientras que los blancos mostraban su predilección por Argentina o selecciones europeas como Italia, Alemania o España. Nunca faltaban las constantes alusiones al color de la piel de los miembros de estos equipos nacionales para determinar los porqués de su superioridad. Los negros, decían estaban mejor preparados para jugar al fútbol, por lo tanto eran mejores y los resultados

² Dentro de los nuevos estudios hechos en torno a este tema se destacan los del investigador Maykel Colón Pichardo, miembro de la Red Iberoamericana de Masculinidades. Para encontrar estos trabajos buscar en www.redmasculinidades.com o en www.masculinidades.blogspot.com

lo demostraban. Eran más ágiles, rápidos, creativos, no tenían miedo al golpe. Los blancos por su parte respondían casi siempre con un solo nombre: Diego Armando Maradona. El *Pibe de oro* vs *O rei Pelé*, Ronaldo vs Raúl, Rivaldo ante Totti, Robinho vs Messi. Rivalidades que se debatían y se defendían a ultranza. La determinación de la hegemonía deportiva no se encontraba ajena a las problemáticas raciales que aún perviven en el ser y el pensar de nuestra sociedad.

Mujeres, sexo y dinero, temas siempre presentes en cualquier espacio donde se reúnan un grupo de hombres. Para los que se encontraban esperando por jugar, más allá de los debates futbolísticos, las disputas en torno al número de conquistas, la excelencia sexual y las posibilidades económicas eran un manjar placentero. Requisitos que la construcción social del modelo de masculinidad hegemónica a alcanzar por los hombres ha impuesto como imprescindibles. El hombre ha de ser un eterno conquistador, bueno en la cama, poseedor y proveedor de bienestar económico. Todos lo sabíamos, e intentábamos demostrar la presencia de esas cualidades en nuestra vida. Aquellos que no lo lograban debían enfrentar a diario una vorágine de críticas y alusiones punzantes, lo que en buen cubano se le llama “chucho”. Aunque fueran de los mejores en el juego, no podían considerarse partícipes del paradigma de hombre masculino.

El paradigma de hombre masculino, el modelo de masculinidad hegemónica, el hombre-triunfo. Cuán difícil se hace para los hombres alcanzar esa meta, aunque sea solo en el contexto del marco deportivo, en el espacio reservado para que un grupo de ellos socialicen sus masculinidades jugando fútbol en el barrio y debatiendo temas comunes a las exigencias sociales que les impone su género. En ese, nuestro espacio, el área deportiva de una escuela cita en una zona marginal de La Habana, alcanzar ese ideal masculino acompañó siempre a los toques, fintas y goles. Éramos presos inconscientes del discurso de las relaciones de género que las sociedades patriarcales han perpetuado históricamente. Ser hombres nos condicionaba a estar sujetos a la posesión de una hegemonía, un poder que subordina ante nosotros a mujeres y por supuesto a los hombres que no cumplen con los requerimientos de ese discurso.